

Recuerdos de mi abuela

Hoy es uno de esos días soleados en los que el aire del pueblo huele a las espigas de trigo recién cosechadas. Mientras me preparo para salir con mis amigos con la bicicleta, no puedo evitar pensar en mi abuela. Ella ya no está aquí, pero su recuerdo vive en cada rincón de mi corazón.

Recuerdo todos los veranos que pasé en el pueblo con ella. Ella me mimaba y me cuidaba. Cada mañana, me preparaba el desayuno: un Cola-caó calentito con un zumo recién exprimido y los bollitos que se hacían en el obrador del pueblo. Me levantaba tarde, después de haber aprovechado al máximo la noche anterior correteando por las calles. Ella me consentía todo.



Antes de terminar de vestirme mis amigas ya me estaban esperando en el porche charlando con mi abuela quien les preguntaba por sus familias, que si quien es ese que pasa con el tractor por ahí...hablar por hablar de algo mientras yo bajaba.

Luego comenzaban los paseos en bici con mis amigos por las calles empedradas del pueblo. Nos reíamos y explorábamos cada rincón, disfrutando de la libertad que nos daba el verano. Después de nuestras aventuras en bici, nos dirigíamos a la piscina para refrescarnos y jugar hasta la hora de comer.

La cocina de mi abuela era un lugar mágico. Cocinaba unos platos maravillosos; su bacalao era exquisito y siempre lo acompañaba con unas deliciosas patatas a la importancia. Otros días hacía albóndigas. Recuerdo cómo se movía desde la habitación de estar a la cocina con su delantal blanco, la cuchara de palo en la mano y una sonrisa en el rostro. Los dulces le quedaban riquísimos, sobre todo las rosquillas que siempre estaban esponjosas y con un sabor que nunca olvidaré. Me encantaba ayudarla a prepararlas, amasando y espolvoreando el azúcar glas por encima mientras ella me contaba historias de su infancia o de la gente del pueblo. A mi abuela le gustaba saberlo todo y contarlo todo.

Mientras yo disfrutaba con mis amigos durante el día, mi abuela me esperaba en casa, preparando la comida con todo su amor. Siempre cocinaba muchísima cantidad, como si fueros a invitar a todo el vecindario a comer. Ella decía que si sobraba no pasaba nada porque estaba mejor de un día para otro. Y llevaba razón.



El aroma del bacalao y las patatas se mezclaba con el olor a verano y me hacía sentir como si estuviera volviendo a casa después de una gran aventura.

Pero luego llegó el tiempo en que su mente empezó a cambiar. A veces se olvidaba de las cosas más simples: dónde había dejado sus gafas o qué día de la semana era. Al principio pensé que era solo un momento tonto, pero pronto

entendí que algo no estaba bien. Mi mamá me explicó que la abuela tenía una enfermedad que se llama Alzheimer y que poco a poco su memoria iba a ir deteriorándose e incluso podía cambiar su comportamiento y volverse más tranquila o enfadarse por cualquier cosa y así fue, la enfermedad se llevó poco a poco sus recuerdos, y eso me dolió mucho, un dolor que no se puede explicar con palabras.

Su mirada parecía apagada y su gesto triste. Le llevaron varias veces al hospital. Le intentaban ayudar a vivir un poquito mejor y otra vez volvía a casa, pero un poquito más menguada y viejecita

Un día, decidí llevarle un álbum de fotos. Quería recordarle todos esos momentos felices que habíamos compartido en mi Primera Comunión, mi Confirmación, y mis risas mientras cocinábamos juntas. Por un instante, vi una luz en sus ojos; era como si ella también se acordara de aquellos días perfectos.



Sin embargo, esos momentos se hicieron cada vez más escasos. La veía perderse en sus pensamientos, atrapada en un mundo suyo en el que yo no me encontraba. Me resultaba complicado entender su enfermedad. Alguna vez mi abuela parecía recordar mi nombre y otras veces lo confundía con el de mi mamá o el de una de sus amigas.

Poco a poco me fui adaptando a mi nueva abuela, despistada...Algunas veces contaba alguna historia de su infancia como una que repetía constantemente de cuando el maestro les mandaba a recoger leña para la estufa o a enseñar a los niños pequeños, porque mi abuela de mayor quería ser maestra...Lo contaba una y otra vez, y preguntaba mucho por su papa y su mamá...como si les hubiera visto hace unas horas



Disfrutaba de la compañía de mi abuela y de sus nuevas historias, de su vocecita dulce y de su regazo. El tiempo pasaba y me acostumbré a no pensar en lo que mi abuela había sido y comencé a vivir estos momentos nuevos con más tranquilidad. Descubrí la serenidad que se respiraba a su lado. Se quedó conmigo su mirada dulce y su sonrisa.

Recuerdo el día en que partió para siempre. Aunque era verano, para mí el día se veía gris y nublado; parecía como si el cielo también estuviera llorando por su ausencia. La extrañé tanto que sentí que una parte de mí se había ido con ella. En su funeral, miré las flores que adornaban el lugar y pensé en todas las veces que habíamos regado juntas las flores en su jardín.

Ahora, cada vez que salgo a pasear por el pueblo o monto en bici con mis amigos, siento su presencia entre las flores y el canto de los pájaros, sobre todo por el camino de la ermita que tanto le gustaba recorrer. Aunque ya no esté en la casa conmigo, sé que su amor siempre estará presente en mi corazón.

Me gusta imaginarla sonriendo desde algún lugar especial y recordar esos momentos especiales pensando en ella; cierro los ojos e intento recordar su risa, sus abrazos cálidos y todas esas recetas deliciosas que solía preparar para mí.



Estoy segura de que, aunque la enfermedad le robó muchos recuerdos, nunca pudo arrebatarme lo más importante: el cariño y los abrazos que compartimos. Y aunque estos recuerdos junto a ella no pudimos compartirlos al final de su vida, yo los llevo como un tesoro dentro de mi corazón.

